RAZAS DEL ESTADO DE OAXACA,

SUS IDIOMAS PRIMITIVOS

Y SU CAPACIDAD PARA LA CIVILIZACIÓN.

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SOCIO

Sr. Lic. Don Francisco Pascual García

En la sesión solemne
celebrada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística
en la noche del día 28 de Abril de 1904



México.
TIPOGRAFÍA «EL PROGRESO MERCANTIL.»
PRIMERA DEL INDIO TRISTE NÚM. 2.

1904.

RAZAS DEL ESTADO DE OAXACA,

SUS IDIOMAS PRIMITIVOS

Y SU CAPACIDAD PARA LA CIVILIZACIÓN.

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SOCIO

Sr. Lic. Don Francisco Pascual García

En la sesión solemne celebrada
por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística
en la noche del día 28 de Abril de 1904.



México.
TIPOGRAFÍA «EL PROGRESO MERCANTIL.»
PRIMERA DEL INDIO TRISTE NÚM. 2.

1904.



Señor Presidente,

Señores Consocios:

Vasto y fecundo tema, el que debo desenvolver en esta solemne sesión destinada á conmemorar la ley de 28 de Abril de 1851, que dió á esta Sociedad la forma difinitiva con que ha venido cruzando por más de medio siglo, entre mumerosas vicisititudes; y como fecundo y vasto, digno de que en su desenvolvimiento arrebatara vuestra atención la brillante y magnífica palabra de algún sabio que hubiera pasado sus años (muy de otro modo que como yo he pasado los míos) arrastrado afanosamente por el empeño de acumular é interpretar antiguos documentos, engolfado en el estudio de la etnología nacional y absorto en profundas meditaciones sobre el nacimiento, la grandeza y la ruina de los imperios. Un sabio así, que subiese á esta tribuna, cubierto con el polvo de las bibliotecas y con el de las ruinas de los monumentos de extinguidas civilizaciones, sería quien pudiera tratar el tema de "las razas é idiomas primitivos del Estado de Oaxaca y la homogeneidad de las primeras por la enseñanza pública y el espíritu de los gobiernos;" mas yo, que tanto disto de ser sabio, miro esta empresa como superior á mis fuerzas, y no la acometería, si no me obligase

la gratitud á esta ilustre Sociedad de Geografía y Estadística, por su benévolo y honroso acuerdo, y si no me impulsara y alentara el amor al suelo natal; dulce y tierno sentimiento, del que nace, con todas sus grandezas, el patriotismo, como de la humilde semilla el árbol arrogante que yergue su copa sobre los aires.

Bajo la inspiración de ese sentimiento, vuelvo los ojos á antiguos estudios, ha tiempo abandonados; recapacito noticias de antaño acumuladas; recuerdo teorías, años atrás examinadas; me remonto á las edades precolombinas y miro en la imaginación los vastos y solitarios desiertos de este mundo, que en el siglo décimoquinto no fué nuevo para los hombres de los otros continentes, sino porque, oculto á sus ojos por el arco, entonces no medido, de las aguas del mar tenebroso, y eclipsada su noticia, siglos hacía, la obra de Colón tenía que ser y fué una sorpresa sublime.

Mas ¿quiénes fueron los primeros hombres que hollaron con su planta los desiertos de este continente? ¿De dónde venían? ¿En qué época los vió el sol abrigarse por primera vez en la gruta de la montaña y luego levantar la pajiza choza en la hondonada ó en la loma?

Misterios son ésos que la antorcha de la historia todavía no puede alumbrar; y aunque patentes las semejanzas más ó menos numerosas entre las costumbres, teogonías y conocimientos científicos de los medos, los hebreos, los egipcios y otras razas muy de antiguo asentadas en el viejo mundo, con los conocimientos, teogonías y costumbres de muchas de las razas del nuevo, no pueden elevarse todavía á la altura de tesis demostradas, las afirmaciones de muchos sabios á este respecto: los datos que poseemos, relativos á la venida de los hombres á las regiones americanas, no son todavía bastante sólidos para poder levantar sobre ellos una doctrina científica.

Y lo que digo del continente tengo que decirlo también del extenso y rico territorio que forma el Estado de Oaxaca y fué en los tiempos antiguos asiento de la nación mazateca ó huatinicamame, de la chuchona, de los varios señoríos mixtecas y del vasto imperio zapoteca;—que ofreció en las montañas del Noreste ancho campo á la tribu mixe y en la costa del Sudeste, bañada por las Lagunas Superior é Inferior, seguro abrigo á los fugitivos huaves, empujados por la acción invasora de otras tribus de la América Central á las costas meridionales de Oaxaca, como en esas mismas costas, más hacia el Poniente, dió paso, para asilar en sus montañas, á los chatinos, entre zapotecas y mixtecas, y finalmente, prestó asiento en una parte de sus montañas septentrionales, á los salvajes chinantecas; en la cordillera oriental, á los chontales, y en las últimas llanuras del Istmo y primeras ondulaciones de sus montañas, á los zoques.

Mas ¿cuándo y de dónde llegaron esas razas á Oaxaca? ¿Cuál de ellas precedió á las demás?

Señores: del territorio de Oaxaca, como de otros muchos lugares del Anáhuac, cuéntase fué habitado por gigantes, en remotísimos tiempos. Extinguida esa raza, no os hablaría de ella, si la anatomía comparada, que tiene que venir en auxilio de la historia, no debiera tomar en cuenta algunos especiales datos que la historia de Oaxaca ministra.

Bien sé que la doctrina que afirma la existencia de los gigantes en los tiempos antiguos no se tiene hoy como demostrada en rigor científico; pero es un deber del que ama la verdad consignar lo que encuentre áun acerca de puntos que, como ése, no suelen ser discutidos sino con la sonrisa en los labios. Limítome, por tanto, á presentaros los datos que en esa materia, por lo que toca á Oaxaca, allegó un sabio historiador, sin tomar en manera alguna sobre mí la responsabili-

dad de sus afirmaciones. «A 7 leguas de la ciudad, dice, en la hacienda de San Antonio Teitipac, hace algunos años, un río cercano, en sus avenidas, descubrió unos sepulcros, arreglados los unos al lado de los otros, puestos en forma de ataúd, con piedras planas y cubiertos con piedras igualmente planas, que descansaban por sus extremos las unas en las otras, como suele verse en las cuevas del Monte Albán. Se conservaban allí enteros los esqueletos, que por su forma no podía dudarse haber sido de hombres, pero cuyo tamano era mucho mayor que el ordinario. Los esqueletos se ajustaban bien á los sepulcros que parecían formados á propósito y no dejaban duda de que aquel lugar había sido el panteón de un pueblo de gigantes. Semejante á éste, existe otro panteón dispuesto en semicírculo ó en forma de herradura, cerca de Chilchotla, en la parroquia de Huautla, distrito de Teotitlán del Camino.» El P. Gay, que es el historiador á quien me refiero, no recogió, como veis, tradiciones legendarias, sino datos concretos que se pueden rectificar; y en vista de ellos, hace la observación de que no podría sostenerse la existencia de gigantes en México y Oaxaca, «si para ello no hubiese más fundamento que el hallazgo de huesos grandes, pero aislados, sin trabazón alguna, ni otras señales que demostrasen haber pertenecido á seres racionales.» «Mas no es así, agrega. ¿Cómo puede explicarse que los elefantes hayan recibido sepultura semejante en todo á la de los hombres, quedando sus esqueletos depositados en sepulcros simétricamente arreglados, con aquel artificio que los indios acostumbran en los suyos? Esto es, sin embargo, lo que se ve en Oaxaca.» Gay. Historia de Oaxaca, tomo I, págs. 14 y 15.

Mas dejemos á un lado esta cuestión sin interés, á no ser muy secundario, bajo el aspecto etnográfico; y fijémonos en las razas existentes todavía en aquel

Estado y cuya historia se enlaza más ó menos con la general de México.

Parece que, con ser los mixtecas y los zapotecas de muy remota antigüedad en Oaxaca, aún hubo otras tribus que les precedieron allí.

En efecto: hay en el Distrito de Teotitlán del Camino, entre las cuarenta y nueve poblaciones que le forman, diez y siete pueblos, sin contar haciendas ni ranchos, cuyos habitantes hablan el mazateco. (1)

La nación de que descienden extendíase en tiempos anteriores á la inmigración mixteco-zapoteca, por las sierras de Huehuetlán y Huautla; y si hemos de dar crédito al relato de Torquemada, (2) procedía de los Teochichimecas, mal llamados así, en concepto de Don José Fernando Ramírez, que opinaba debía llamárselos *Techichimecas*, porque «tenían todo de broncos y de rudos y nada de divinos.» (3) Esta antiquísima tribu, procedente de regiones que forman hoy parte del Estado de Puebla, invadió la sierra de Huehuetlán, ocupada á la sazón por olmecas y zacatecas. Fundidas las razas, formaron la nación huatinicamame, cuya capital fué Mazatlán, que se interpreta

---

(1) *División territorial del Estado libre y Soberano de Oaxaca mandada publicar por disposición superior.—Oaxaca.—Imprenta del Estado.—1901.*—Esta es una colección de cuadros estadísticos relativos á todos y cada uno de los distritos en que el Estado se divide. El dato acerca de los pueblos que hablan el mazateco está tomado del cuadro correspondiente al Distrito de Teotitlán.

(2) Torquemada, libro 3.° cap. 11.

(3) Geografía de las lenguas y Carta Etnográfica de México, precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus por el Lic. Manuel Orozco y Berra. México. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante. Calle de Tiburcio, núm. 19.—1864.—Segunda parte, II, pág. 92.

lugar de los venados, (4) situada en una de las laderas del ramal de la sierra de Huehuetlán, cuyas últimas colinas acaricia con sus ondas transparentes el poético Quiotepec. Aquella nación sufrió las invasiones de los mixtecas que en ella incrustaron el pueblo de Coatzópam, y dejaron en Huautla un grupo de los suyos que formaban el *barrio mixteco;* testimonios que duran todavía de las victorias de los mixtecas. Hablaban los huatinicamames un idioma no clasificado todavía; que el Sr. Orozco y Berra dejó sin clasificar, (5) y el Sr. Pimentel colocó entre los afines del mixteco-zapoteco, pero que, en mi sentir, aún no puede tenerse como tal, pues la razón alegada por el señor Pimentel, (6) de que se encuentran en mazateco voces análogas á muchas de los idiomas mixteco-zapotecas, no es concluyente en manera alguna; y por otra parte, el mazateco es mucho más pobre y menos culto que aquellos. Probablemente, es algún antiguo idioma, imperfecto y defectuoso que, por una ley de las lenguas, fué enriquecido por el mixteco y el zapoteco, hablados en vecinas regiones, con elementos que, aunque desfigurados, subsisten todavía

No lejos del asiento de esta nación, cuya historia se ha perdido, acaso para siempre, hay otra que se encuentra en circunstancias análogas: la de los cuicatecas, que se extendía desde Atatlauca, por todo el

---

(4) *Mazatl* significa venado, y *tlan* lugar.

(5) Orozco y Berra. Ob. cit., primera parte, XI, pág. 46.

(6) Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, cap. 36, núm. 3. Véanse las «Obras completas de Don Francisco Pimentel—miembro que fué de varias sociedades científicas y literarias de México, Europa y Estados Unidos de N. América.—Publícanlas para honrar la memoria del autor sus hijos Jacinto y Fernando.—Tomo II.—México.—Tipografía Económica. Avenida Oriente A. 2, número 324, antes Cazuela, 1. 1903.»

valle á que dió nombre su capital Cuicatlán. En su desenvolvimiento, ascendió, por un lado, á las sierras de Teutila y de Pápalo, y por el otro, á las montañas mixtecas. Su idioma, que también tomó su nombre del de la capital, es el *Cuicateco* y pertenece al grupo mixteco-zapoteca.

Lejos de estas dos naciones, de que podemos afirmar, más que por otra razón, por la que se funda en su posición geográfica, que procedieron del Norte, extendíase otra en las regiones del Sur: la de los chochos ó chuchones. La principal comarca que habitaban, y forma hoy parte del Estado de Guerrero, era la de Yopitzinco, de donde fueron llamados *yopes* ó *yopis*, nombre que, como los de *tenimes*, *pinome*, *chinquime chochontli*, con que también se los designaba, significa gente bárbara por antonomasia. Llamábase también á cada individuo de esa tribu *pinotl-chochón*, vocablo compuesto que, según el Sr. Orozco y Berra, es reduplicativo de la calificación de rudo. (7) Esa raza, en sus expansiones, se dilató por el Sudoeste del Estado de Oaxaca y también por otras lejanas tierras. Ignoro qué tradiciones acerca de su origen hayan podido conservarse en el Estado de Guerrero; pero bien sabido es, por lo que toca al de Jalisco, que una antigua tradición recogida por Antonio de Leyva, cuenta que Jojouh Quitecuani «vino de hacia el mar con cantidad de gente, conquistó algunos pueblos y se fijó en Ameca,» cuyo primer señor fué. Constituyó allí un señorío independiente, que no pudieron abatir los golpes del poderío michoacano. Ocuparon también los *yopis*, bajo el nombre de tecoxines ó tecos, una parte de lo que forma hoy el Territorio de Tepic; y finalmente, se los encuentra, según

(7) Digno es de notarse que en Oaxaca la palabra *yope* se emplea para designar despreciativamente á cualquier indígena.

el testimonio de Juarros, en Yayentique y Conguaco, en la República de Guatemala; (8) pero en ninguna parte se extendieron tanto como en la región occidental de Oaxaca. Bajo distintos nombres «encontramos, dice el Sr. Orozco y Berra, como despedazada en un espacio inmenso á esta pobre tribu, como si las diversas irrupciones de los pueblos que del norte vinieron después de ella la hubieran desgarrado para dejar esparcidos sus fragmentos.» Esta tribu hablaba la lengua popoloca, teca ó chuchona, que con todos estos nombres es conocida y, como lo indica el que llevaba la tribu, es una lengua bárbara, pobre, de difícil estructura; pero que, con ser así, no dejó de dar á la penetrante inteligencia, á la paciente laboriosidad y al apostólico celo de los misioneros un instrumento para la conversión y la enseñanza de los chuchones. Así el célebre P. Fr. Benito Hernández escribió una *Doctrina Cristiana* en lengua chuchona, de cuya existencia nos da testimonio el Sr. Pimentel (9) y el ilustre P. Fr. Bartolomé Roldán una «*Cartilla y Doctrina Cristiana en la lengua chuchona del pueblo de Tepexi de la Seda*» impresa en México en 1580.

Ocupando ya los mazatecas la sierra de Huehuetlán, los cuicatecas el valle de Atatlauca y las escabrosas serranías de Pápalo y Teutila, y los yopis ó chochos las regiones del Sudoeste, llegaron los zapotecas por el mismo rumbo por donde habían llegado las dos primeras de esas tribus; pero no sabemos cuál fué su ruta, cuáles las vicisitudes por que pasaron, cuáles las tierras de su descanso en aquella peregrinación: el sabio Burgoa se lamenta de la inutilidad de

---

(8) Véase á Orozco y Berra, Ob. cit., I parte V, págs. 26 á 28.

(9) Pimentel. Ob. cit. cap. 37, número I, ó sea, Obras Completas, tomo II, pág. 96.

sus pesquisas para averiguar el origen de los zapotecas, porque las pinturas antiguas, que habrían podido revelarle, fueron destruídas por los frailes en su celo, acaso poco discreto en ese punto, por extinguir la idolatría; y aunque afirma el mismo escritor que las noticias en aquellas pinturas contenidas eran absurdas, como quiera que daban por origen á los zapotecas, unas, corpulentos árboles; otras, grandes y duros peñascos; otras, terribles y poderosas fieras, en todo lo que no parece hayan tenido sino símbolos y figuras, no puede negarse de un modo absoluto que algún criterio histórico ó alguna clave jeroglífica, alcanzados en el estudio de aquellas y otras antigüedades, bubieran podido arrojar luz sobre tan intrincada materia; acerca de la cual hoy estamos en tanta mayor obscuridad, cuanto que la «Historia de Oaxaca» de Fray Leonardo Levanto, que se conservaba manuscrita en la biblioteca del convento de Santo Domingo de la capital de aquel Estado, se perdió, como otros muchos manuscritos, en el gran naufragio de la Reforma; y así, en este punto, mientras no se encuentran datos seguros, tal vez ocultos y olvidados, ora en públicos archivos, ora en manos de particulares y aun quizá en el extranjero, donde han sido vendidos muchos de nuestros tesoros, tendremos que conformarnos con datos incompletos y dudosos y que entretener nuestra ignorancia con hipótesis.

Pero si el origen de los zapotecas y el itinerario que siguieron para llegar á Oaxaca permanecen envueltos en la obscuridad, su imperio y la extensión de su poderío entran plenamente en la historia (10).

---

(10) A fin de no multiplicar citas, declaro una vez por todas que los datos principales acerca de las razas á que me refiero en este discurso, se encuentran en las obras de Burgoa y Gay.

El primer lugar de su asiento fué Teotitlán del Valle al pie de la sierra y á orillas del gran lago que formaban en el valle de Tlacolula y en parte del de Oaxaca las vertientes de las cordilleras y el poético Atoyac, que baja de las montañas de Huitzo: una isla, cerca de la orilla meridional del lago, los invitaba, verde y risueña, á hacer en ella manida; y muchos la hicieron, en efecto, formando allí una población, de la cual os hablaré después. Andando el tiempo, aquellas aguas, contenidas en la parte más baja del valle, tuvieron al fin una salida por el Sur, abierta entre los cerros por los indios, alta muestra de su inteligencia y laboriosidad. La corriente que así se forma y se desliza por entre cañadas y pequeñas llanuras, llega á formar, aumentada con muchos afluentes, el majestuoso Río Verde, que va á depositar sus aguas en el inmenso seno del Océano.

De Teotitlán del Valle, la corte zapoteca se transladó á Mitla, donde los soberanos residieron durante un largo período, supuesto que el códice Chimalpopoca nos revela que reinaba allí Ozomatli hacia la mitad del siglo XIV. ¿Cuánto tiempo permaneció en Mitla la corte de la nación zapoteca? Imposible fijarlo: no tenemos siquiera la lista completa de sus reyes; ignoramos las varias épocas en que fué extendiéndose al Norte hasta la Villa Alta, y por el mismo rumbo ensanchándose en dirección al Oriente hasta las tierras habitadas por los chontales; y luego por el Sur hasta Miahuatlán, para extenderse después en los días que siguieron al cacicazgo de Pichina Vedella, sobre Ozolotepec y toda su región, conquistada con el más fiero de los arrojos á los chontales, que de 70,000 que eran y disputaron sus posesiones palmo á palmo á los invasores zapotecas, sucumbieron 60,000. En los tiempos subsiguientes, el hazañoso monarca Zaachila I, sea porque haya querido colocar su corte en región más

segura que, lejos de las montañas, tuviese delante extensas llanuras en que poder despedazar á sus enemigos, sea porque haya querido más bien separar de la mansión del poder religioso el asiento del poder civil, transladó su corte á la isla que se levantaba cerca de las orillas meridionales del lago. Entonces fué dado á ese lugar el nombre de Teozapotlán que se interpreta lugar del señor zapoteca, de TEUTL—señor —ZAPOTECATL,—zapoteca, y TLAN—lugar. En su nueva corte levantó Zaachilla, sobre una roca, que todavía señala la tradición, una fortaleza de siete cuerpos, símbolo del zapoteca poderío, y que fué llamada—ZAACHILLA-YOO, esto es, fortaleza de Zaachilla; frase que, andando el tiempo quedó, reducida á la sola palabra Zaachilla, con que desde los días de la dominación española fué designada, no ya la fortaleza, sino la capital misma del vasto imperio zapoteca.

Muy largo y, por otra parte, fuera de mi propósito sería referiros lo que se sabe de la historia de aquel Imperio, y que es muy poco en relación con su dilatada existencia, pues habiendo comenzado cuando menos cien años antes de la era cristiana, había pasado por diez y siete siglos al verificarse la conquista española. De tan largo período, nos quedan apenas los nombres de unos cuantos caciques y cuatro ó cinco reyes, el recuerdo de las conquistas de aquel pueblo, algunos datos sobre los dos últimos siglos de su monarquía y nada más.

Felizmente, para la memoria de aquella raza y de aquel imperio, están allá, á unas cuantas leguas de la ciudad de Oaxaca, en los últimos términos del valle hacia el Noreste, las ruinas majestuosas y gigantescas del palacio en que desplegó su pompa y ostentó su brillo en días de esplendor la corte de los reyes zapotecas: las famosas ruinas de Mitla.

Y ¿qué os diré yo de ese *palacio de los vivos y de*

los muertos, como le llamaban los indios; de aquel *centro del descanso*, cuyo verdadero nombre en el zapoteco idioma es *Liovaana*, que el nombre de Mitla (Infierno) mexicano es y se le dieron los aztecas?

Según refiere Burgoa, antes de la edificación de esos palacios había allí una profunda gruta. Hicieron los zapotecas el magnífico edificio, poniéndole altos y bajos: «éstos, dice Burgoa, en aquel hueco ó concavidad que hallaron pebajo de la tierra, igualando con maña las cuadras en proporción, que cerraban, dejando un capacísimo patio; y para asegurar las cuatro salas iguales obraron lo que sólo con las fuerzas é industria del artífice pudieran obrar unos bárbaros gentiles. No se sabe de qué cantera cortaron unos pilares tan gruesos de piedra, que apenas pueden dos hombres abarcarlos con los brazos: éstos, aunque sin descuello ni pedestales las cañas, tan parejos y lisos que admira, son de más de cinco varas de una pieza; éstos servían de sustentar el techo, que unos á otros en lugar de tabla son de losas de más de dos varas de largo, una de ancho y media de grueso, siguiéndose los pilares unos á otros para sustentar este peso. Las losas son parejas y ajustadas, que sin mezcla ni vetumén alguno parecen las junturas tablas traspaladas: y todas las cuatro salas, siendo muy espaciosas, están en un mismo orden cubiertas, con esta forma de bovedaje.

En las paredes fué donde excedieron á los mayores artífices del orbe, que de griegos ni de egipcios he hallado escrito este modo de arquitectura; porque empiezan por los cimientos más ceñidos y prosiguen en alto, dilatándose en forma de corona con que excede el techo en latitud al cimiento, que parece estar á riesgo de caerse. El centro de las paredes es de una argamasa tan fuerte, que no se sabe de qué licor la amasaron. La superficie es de tan

singular fábrica, que dejando como una vara de piedras losas labradas, tienen bordo para sustentar abajo la inmensidad de piedras blancas que empiezan del tamaño de una sesma, de la mitad el ancho, y la cuarta parte del grueso, tan alijadas y parejas como si salieran de un molde todas. De éstas era tanta multitud, que con ellas, encajadas unas con otras fueron labrando varios vistosos romanos de una vara de ancho cada uno y de largo toda la cuadra, con diversidad de labores cada uno hasta la coronación, que en lo aseado excedía todo. Y lo que ha causado asombro á muchos arquitectos es el ajuste de estas piedrecillas, que fuese sin tener un puño de mezcla, y que sin tener herramienta, consiguiesen con pedernales duros y arena, obrar esto con tanta fortaleza, que siendo antiquísima esta obra sin memoria de los que la hicieron, durase hasta nuestros tiempos. . . .»

«Los altos eran del mismo arte y tamaño que los bajos. Las portadas eran muy capaces de una sola piedra cada lado del grueso de la pared, y el dintel ó umbral de arriba otras que abrasaban las dos de abajo. Las cuadras estaban repartidas una enfrente de la otra.»

Tal es la descripción que nos ha dejado Burgoa, y en la que muy poco habría que rectificar.

Después de que Zaachilla I transladó á TEOZAPOTLÁN el centro de la monarquía, Mitla quedó convertido en un edificio religioso, ó mejor dicho, en una mansión sacerdotal: residía allí el sumo sacerdote del imperio, á quien veía la nación como el vicario de la divinidad: por su medio, el dios de los zapotecas se comunicaba con sus adoradores. Llamaban al sumo sacerdote HUIJATOO, que se interpreta el *atalaya que todo lo ve;* y es un hecho digno de notarse que, cuando los misioneros explicaron á los indios que tiene el catolicismo un Pontífice, representante de Dios sobre

la tierra, aquellos indígenas, encontrando semejanza entre el Jefe la Iglesia Católica y el sumo sacerdote zapoteca, designaban al Papa con el nombre de HUIJATOO. Ni es menos digno de atención que, como es de verse en algunos historiadores, los zapotecas decían que el padre de Zaachilla I era HUIJATOO; lo cual parece revelar que, como los emperadores aztecas, como los antiguos emperadores romanos, y en fin, como los jefes de todos los pueblos que no conocieron la distinción del poder religioso y del poder civil, y confundieron la esfera de la moral con la esfera del derecho, é hicieron de sus dominadores dioses ó ministros de sus dioses, los monarcas zapotecas reunieron en sí el poder temporal y el poder espiritual, hasta el tiempo en que su corte fué transladada á Teozapotlán.

Las ruinas de Mitla, admiración por su magnificencia del sabio y del viajero, y algunas otras como las de Monte Albán y de Guiengola, de que no puedo detenerme á hablaros, son lo único que hoy queda del zapoteca poderío.

Pero si es muy poco lo que nos resta de la historia de aquel pueblo, la raza que le formó todavía se extiende, y muy numerosa, por valles y montañas, no con el vigor y la fuerza que tuvo en otros tiempos, pero sí bastante robusta aún y orientándose hácia la civilización, como en espera de más grandes y más fecundos destinos. Conserva todavía su idioma, que con el mixteco, forma la familia que nuestros lingüistas han clasificado con el nombre de *mixteco-zapoteca.*

El zapoteco es uno de los idiomas más cultos entre los de las razas aborígenes; lengua perfecta casi, hasta el punto de que ha podido sufrir que se la ponga, como la han puesto los que de ella han escrito gramáticas, sobre la pauta de las dos grandes lenguas

clásicas: el griego y el latín. Provista de las variadas clases de palabras que los gramáticos llaman partes de la oración, posee todos los elementos necesarios para la expresión de las ideas y de sus relaciones; y si carece de algunos de los accidentes gramaticales que tienen las palabras en las lenguas románicas, presenta en cambio el modo de suplir la expresión, ya por circunloquios, ya por construcciones peculiares, que si algunas veces hacen larga la frase y pesada la elocución, otras, por el contrario, hacen aquella más concisa y más enérgica. Tenían, según nos enseñan los que de su gramática han escrito, nombre substantivo; adjetivo con sus tres grados de comparación, formados el segundo (el comparativo) por la partícula HUA y el tercero (el superlativo) por las partículas TETE ó TAO ó KOTUBI, equivalentes al castellano *muy*, y en fin, por un medio, también muy semejante al que empleamos en el castellano familiar y que consiste en la duplicación de la palabra significativa de la cualidad que se quiere expresar en grado superlativo. Tenían también pronombres personales, y muy de atenderse es que, para hablar de los superiores ó con ellos, se usaba un pronombre especial que no tienen las lenguas ramances y que equivale á un tratamiento. Ese pronombre era YOBINA, cuando se hablaba con los superiores; y el mismo y también YOBINI, cuando se hablaba de ellos, en su ausencia. Tenían igualmente posesivos, demostrativos y relativos; todos sujetos á reglas fijas que, si no estaban escritas en libros, porque no los tenían, eran, sin embargo, tan fielmente observadas que pudieron formularlas los gramáticos. El verbo en zapoteca tenía modos, tiempos y personas: aquellos se expresaban por medio de partículas, las personas por medio de afijos. Carecían del infinitivo, pero lo expresaban con la fórmula del futuro, y lo mismo hacían con algunos ge-

rundios. Aunque no tenían voz pasiva, muchos verbos suyos eran pasivos con la especial circunstancia de que á sus verbos pasivos correspondía siempre otro distinto con que expresaban la voz activa: era eso algo semejante al *fieri* y *facere* de los latinos. Tenían también, como sucede en castellano y en latín, el uso de cambiar en los verbos un tiempo por otro para mayor elegancia en la expresión. No les faltaban preposiciones, ni conjunciones, aunque escasas. Su construcción ó sintaxis, sin las complicaciones del hipérbaton de los latinos y de los alemanes, era, sin embargo, muy expresiva, y se amoldaba, como se amolda hoy todavía, á las múltiples variedades que exige la elocuencia. Aun después de tres siglos, señores, se siente esto, cuando se oye hablar á los zapotecas en su lengua vernácula.

El zapoteco, es dulce sin carecer de energía; flexible, sin degenerar en vago. Lánguido unas veces, vivo otras y brillante, préstase á la expresión de todas las pasiones; y si no encontramos en él el amplísimo vocabulario de otras lenguas; si comparado con el castellano, con el latín, con el griego, con el árabe, resulta pobre, es solamente porque la raza zapoteca no alcanzó el alto grado de civilización á que llegaron los pueblos que hablaron esas cuatro lenguas en el antiguo mundo: verdaderas razas próceres que han presentado á la humanidad el tipo, que no ha de sobrepujarse, de la poesía y de la elocuencia. Eso no obstante, el idioma zapoteco es rico, hasta el grado de que el ilustre gramático Fray Juan de Córdoba escribió estas palabras que, en mi humilde concepto, son muy difíciles de justificar. «Es de saber que esta lengua tiene muchos más verbos que la nuestra por los muchos modos que los indios tienen de hablar.» Sea lo que se quiera de tan avanzada afirmación del ilustre autor, lo cierto es que el zapoteca es un idioma

rico, culto y de una estructura que se presta muy bien para un estudio analítico. Esas cualidades de la lengua sirven para explicar el gran número de gramáticas que se han escrito de él, los muchos vocabularios en que están registradas sus dicciones y el uso que de ese idioma hicieron muchos sabios frailes para enseñar á los indígenas los dogmas y la moral del catolicismo, hasta el punto de que Fray Alonso Camacho escribió un tratado de los siete sacramentos: y Fr. Jerónimo Moreno, Fr. Diego Vergara y otros muchos, edificantes sermones; pudiendo afirmarse que llegan á trescientas las obras escritas en zapoteco y que poseemos, ó de que tenemos noticia cierta.

Frente á esa raza se encuentra otra distinta, pero muy semejante: la mixteca.

¿De dónde proceden los mixtecas? ¿Cuál fué el camino que siguieron hasta llegar á la dilatada mesa que, formada por las montañas, fué y es el asiento de aquella raza rival de la zapoteca y que dejó de sí imperecedera memoria?

Esa raza se extiende por el Sur hasta las costas del Pacífico; penetra por el Occidente al Estado de Guerrero, por el Norte al de Puebla y tiene al Oriente á los chatinos, que la separan de los zapotecas. Según lo indicaban algunas pinturas, hechas sobre largas tiras de cortezas de árbol ó de pieles del ancho de una tercia de vara, (11) los mixtecas, venidos del Noroeste, después de una larga peregrinación en que se detuvieron en varios lugares, llegaron, por fin, á Achiutla y Tilantongo; y según refiere Burgoa, «en la espaciosa llanura que forman entre los dos pueblos encumbrados montes, hicieron fortalezas y cercos inexpugnables.» Allí, con un sistema agrícola análogo al de los hebreos y del que todavía pueden reconocerse se-

(11) Así lo refiere Burgoa.

ñales, sembraron las semillas necesarias para la vida, á fin de no tener que salir fuera de aquella especie de vasta fortaleza que dió á los dos pueblos que unía, Achiutla y Tilantongo, la hegemonía en la nación mixteca. Desde allí se extendieron por las montañas hasta tropezar con el límite que señalaban á su expansión, los mazatecas y cuicatecas por el Norte, los zapotecas por el Oriente, los chochos por el Poniente y el Sur.

No está desprovista de fundamento la hipótesis de que los toltecas fundadores del segundo imperio que con su nombre se conocen en la historia, invadieron el país de Anáhuac al mando de siete jefes principales, quedándose algunos en las costas de Jalisco, avanzando otros al interior del país y entrando otros más, después de una larga navegación en el Pacífico por el puerto de Huatulco, donde fundaron á Tututepec; y desde allí, algunos grupos, por entre los ramales de las cordilleras llegaron á apoderarse de toda la montañosa región que coronan las nieblas y llamaron GNUDZAQUI GNUHU (tierra de lluvias) que es la Mixteca Alta, y también de las llanuras que llamaron GNNUNDUA (tierra baja) y es la Mixteca Baja.

Estos tomaron parte en la defensa del imperio de Tula, después de llegar á Achiutla y de fundar allí su principal residencia, salieron en excursiones militares buscando tierras de que apoderarse y pueblos que vencer, y encontraron y sojuzgaron á los antiguos mixtecas.

En apoyo de esta hipótesis tenemos el hecho de que nos dan testimonio los historiadores de Oaxaca, de que los caciques de las Mixtecas, al tiempo de la conquista española, «se creían descendientes de los vencedores de Tula.»

Esta hipótesis, presentando á los mixtecas como procedentes, y no muy lejos, del tronco nobilísimo

de los toltecas, sirve para explicar por qué esa raza está llena de tanta fuerza intelectual y de una rectitud y una rectitud y lealtad muy patentes en lo poco que nos queda de su historia.

Formaron al principio una sola nación; pero sin duda su carácter enérgico, elevado é independiente, los hizo dividirse, sin convertirse por eso en enemigos, primero en dos grandes grupos, y más tarde en tres.

Era el primero, el de las Mixtecas Altas, cuyos soberanos procedían de los señores de Toltitlán Tamazola y gobernaban los cacicazgos de Zozola, Yanhuitlán, Teposcolula, Tlaxiaco, Nochixtlán, Almoloyas y Xaltepec.

Era el segundo, el de Coixtlahuaca, cuyo dominio se extendía sobre toda la comarca habitada por los chochos, de quienes la conquistaron, sometiendo á sus pobladores á una dominación y mezclando con ellos su raza.

Era el tercero, el de Tututepec, cuyo rey, según se decía, era el más rico de todos los de Anáhuac, y tenía bajo su dominio todos los pueblos de aquella comarca, desde Jamiltepec hasta Putla.

La historia de los mixtecas no es otra cosa que una historia militar. Los del reino de Achiutla y Tilantongo hacen pedazos al golpe de sus armas á la nación huatinicamame; los de Coixtlahuaca no asentaron el solio de su jefe sino sobre los trofeos de sus victorias contra los chochos, aquella pobre tribu, maltratada por las demás hasta con el nombre mismo con que la distinguieron; y sólo el reino ó principado de Tututepec parece más tranquilo y menos invasor, sin duda porque no podía avanzar más allá, á no ser que hubiera querido, parodiando al insensato griego que mandó dar azotes á las olas del mar, someter el océano á su dominación; pues en derredor suyo no

tenía sino á los hombres de su raza, y al Norte estaba asentado ya firmemente el imperio zapoteca.

Desgraciadamente, esa historia militar se perdió en una gran parte. De sus reyes, por ejemplo, no sabemos sino unos cuantos nombres. Apenas envuelta entre nieblas, distinguimos en la cuna de su monarquía la figura de Dzahuindanda, fundador de la dinastía que se sentó en el trono de Achiutla, y cuyo último descendiente, después de la conquista española, recibió en el bautismo el nombre de Felipe, en honor del rey de España Don Felipe II, y tomó el apellido de Silva.

Los mixtecos del reino de Achiutla y los Tututepeques tuvieron entre sí, con motivo de las pretensiones conquistadoras de los señores de Achiutla, una peligrosa guerra, cuyo resultado fué adverso á los primeros; y entre las condiciones para celebrar la paz les impuso el príncipe de Tututepec, la de que anualmente concurrirían á una feria en las llanuras de Putla. Concurrieron los mixtecos por muchos años, y todavía se conservan las ruinas de los edificios que servían para aquella solemnidad comercial; pero los mixtecas de Achiutla no pudieron seguir cumpliendo con una condición tan gravosa; y con este motivo, estalló de nuevo una guerra en que, fortificados los mixtecas, fueron sitiados por los tututepeques, que asaltaron la fortaleza en que aquellos se defendían, y después de reñidísimo combate, que dejó en las laderas y en las pequeñas llanuras 22,000 cadáveres, sobre aquella tierra empapada en sangre, reconocieron los dos pueblos su mutua independencia, y celebraron pacto de alianza que no volvieron á romper jamás; porque lo cierto es, señores, que aquellos dos pueblos semisalvajes, para quienes no había brillado el siglo de las luces, tenían sin formularla una política internacional más sincera y más fiel á la justicia que la de otros muchos pueblos que han alcanzado más elevada civilización. Aque-

lla raza mixteca, fuerte y altiva, era, por eso mismo, amadora de la lealtad y de la justicia.

Yo me lamento, señores, de que los estrechos límites á que debo ceñirme no me permitan relataros ni lo poco que se sabe de aquellas hazañosas campañas.

Lucharon, además, los mixtecas, por causas todavía incógnitas, contra los guerreros de Tehuacán; invadieron sin lograr conquistar, aunque sí quebrantándola en mucho, á la nación guatinicamame; y en los tiempos de Moctezuma I, el Flechador del Cielo, sostuvieron una heroica resistencia contra el pujante poderío de los aztecas. ATONALTZIN, que á la sazón era el rey de Coixtlahuaca, estaba muy ofendido de tiempo atrás porque Moctezuma, con el consentimiento de MALINALLI, cacique de Tlaxiaco, que había estado sujeto al rey mixteca, pero que se había coligado con los mexicanos, tenía en Tlaxiaco una guarnición mexicana.

Las jactancias de los soldados que la formaban y la rivalidad de raza provocaron de parte de Atonaltzin, marcadas señales de odio: negaba el paso por sus dominios á los comerciantes mexicanos, y violando la eterna ley que manda respetar al extranjero y al viajero, hizo matar á un grupo de comerciantes de las principales ciudades del imperio mexicano, no salvándose, según cuenta el P. Durán, sino algunos de Tultitlán, que se acercaron al rey de México en son de queja. Entonces Moctezuma, acompañado de sus aliados, los reyes de Acolhuacán y Tlacopam, invadió los dominios mixtecas. Atonaltzin reunió cuantos elementos de guerra tuvo á su alcance; y arrojándose sobre los invasores, los derrotó en sangrienta batalla, quedando el campo cubierto con gran número de cadáveres de los mexicanos y sus aliados.

Aquella derrota fué una vergüenza para la triple alianza, es decir, para las tres monarquías coligadas

de México, Texcoco y Tacuba, y tanta mayor, cuanto que al frente de las huestes venían nada menos que el rey de las hazañas inmortales, MOCTEZUMA ILHUICAMINA, el gran NETZAHUALCOYOTL que muy joven aún había recobrado el trono de sus padres y el valiente TOTOQUIHUATZIN, rey de Tacuba; pero un año después, nuevo ejército á cuya cabeza venían los mismos reyes y que, según cuentan los historiadores, estaba compuesto de doscientos mil soldados y cien mil tememes, desbarató al ejército mixteca desde el primer encuentro. Atonaltzin quedó vencido; y mientras Moctezuma avanzaba por el interior de la región mixteca, para sojuzgarla, el rey de Coixtlahuaca recibió la muerte de manos de los caciques mixtecas que, cubriéndole de improperios, arrojaban sobre él la responsabilidad del desastre y le hicieron pagar con la vida sus errores. Moctezuma Ilhuicamina siguió su marcha hasta Tututepec con una parte de su ejército; mientras que la otra avanzaba por entre las sierras de HUAUTLA y de HUEHUETLÁN hasta UTZILA y CHINANTLA; dejando una y otra por todas partes estaciones militares, por cuyo medio tenían abierto el camino para nuevas dominaciones.

Regresó Moctezuma á la capital de su imperio, llevando consigo un gran número de prisioneros mixtecas, que fueron inmolados al sangriento Huitzilopoxtli; y entonces la mujer del rey de Coixtlahuaca dió un ejemplo de fidelidad conyugal: de uno de esos amores que no espiran en la tumba, sino que, alimentándose de sí mismos, arden sobre ella como una lámpara de oro, sin que logren apagarla los vientos del infortunio. El fuerte pecho del guerrero había sido taladrado por el dardo de una pasión ardiente, cuando vió en Coixtlahuaca, al resplandor del incendio y entre el horror del combate, á la afligida reina vertiendo lágrimas. Hallándola entre los prisioneros, la

hizo conducir á su capital, donde le dió por habitación suntuoso palacio como reina, no sólo porque lo había sido de la monarquía mixteca, sino porque lo era también por la majestad de su presencia y por el poder de su belleza, en que al resplandor de los ojos daba más brillo la nube de melancolía que sombreaba su frente. El monarca conquistador, el vencedor en cien combates, solicitaba rendido el amor de aquella mujer hermosa. Ni los obsequios espléndidos, ni la magnificencia de los dones pudieron rendir aquel corazón que para Moctezuma era una peña, como había sido para Atonaltzin un nido de amor. El monarca azteca la proponía unirse á ella en matrimonio, pero ni el brillo de la monarquía pudo deslumbrarla; y fiel á la memoria del monarca muerto, que había sido el amado de su corazón, sucumbió á su pena, dejando para la historia un ejemplo de fidelidad y amor, digno de ser cantado por un poeta oriental, al compás de la lira griega, para que se reuniera así con el más ardiente sentimiento y la más dulce tristeza, el armonioso ritmo de la lengua que ha dado á la humanidad el tipo inmortal de la poesía.

Así espiró, bajo los golpes de la macana azteca, la monarquía que se había sentado sobre la humillación de la tribu de los chochos; y así la encontró, convertida en feudo del imperio mexicano, la conquista esespañola.

TUTUTEPEC sufrió una suerte semejante, aunque sin los estragos de la monarquía de COIXTLAHUACA; y vino á caer, al fin, bajo las espadas españolas. Alvarado fué comisionado por Cortés para esa conquista y la llevó á cabo en breve tiempo, no sin desplegar las crueldades y codicias de que está llena su vergonzosa vida, y que resaltan bien en el proceso que se le formó.

Aquí, señores, concluyo los imperfectos linea-

miento y breves rasgos con que he querido pintaros á la nación mixteca, y me perdonareis, en bien de la brevedad, que omita referiros sus luchas con los zapotecas, así como sus alianzas que, en parte, á lo menos era el necesario fruto de la vecindad en que se encontraban y que, si no hubieran sellado con la paz, habría sido origen inagotable de odios y de combates.

La historia y el carácter de los mixtecas, así como su afinidad con los zapotecas se reflejan en su lengua. Es el mixteco un idioma de fonetismo claro, suave, algún tanto flojo por la frecuente agrupación de vocales, y de pronunciación tan fácil que, con ser algunas palabras de este idioma aun más largas que las alemanas, una breve práctica basta para familiarizarse con ellas.

Decid si no son largas estas palabras:

YODOYOKAVUANDISASIKANDIYOSANINAHASAHAN,

que significa andar cayendo y levantando, ó esta otra:

YOKUVUIHUATININDIYOTUVUIHUATUSINDISAHATA,

que significa caer en gracia. Cuanto del zapoteco dije puede decirse también del mixteco con algunas diferencias favorables á éste, y entre ellas, que tenía voces para expresar ideas metafísicas y muchas de sus palabras, que denotan cosas del orden de la sensibilidad, sirven igualmente para significar otras del moral y supra-sensible; y tienen, por lo mismo, doble significación.

El carácter reverencial del idioma zapoteco le tiene el mixteco también y aún en grado mayor, hasta el punto de que, según afirma el señor Pimentel, es necesario «un vocabulario especial para hablar con los grandes señores y con las personas de respeto.» Los verbos en el mixteco cambian áun de forma y se dividen en clases más numerosas que en el zapoteco, sin que les falten ni el modo, ni el número ni la persona.

De esta misma familia es el idioma amuzgo que uno de nuestros lingüistas había colocado entre los idiomas más pobres, y por tanto, más difíciles de clasificar. Se habla en algunos pueblos del Distrito de Jamiltepec, y hoy está bien clasificado por un notable filólogo oaxaqueño, que con investigaciones personales ha demostrado que el amuzgo pertenece al grupo mixteco-zapoteca. (12)

Cual muro de separación entre zapotecas y mixtecas, al lado izquierdo del Río Verde, se encuentran los chatinos que poblaron y conservan todavía, una gran extensión de terreno desde la desembocadura del caudaloso río hasta Mixtepec. Allí se asientan las poblaciones de Amialtepec y de Juquila, de Teojomulco y Teozacoalco y otras muchas, algunas de origen mixteco. Bien poco sabemos de aquella raza que intentó penetrar, cuando ya los zapotecas comenzaban á multiplicarse, hasta Tectipac, en donde fundaron, en efecto, una colonia, de que los arrojaron los zapotecas, empeñados en que no fueran á asentarse entre ellos gentes de extraña raza. El origen de los chatinos aún está envuelto en obscuridad mayor que los de las otras razas; y solamente por su posición geográfica podríamos conjeturar que, ascendiendo por el Pacífico á la costa del Sur, fueron ocupando la faja de terreno en que todavía los encontramos hoy y que se va estrechando á medida que avanza hácia el Norte. Tiene este grupo etnográfico su idioma propio, completamente distinto del zapoteco, por una parte, y del mixteco, por otra, por lo que se le debe considerar como una entidad lingüística distinta de las que

---

(12) El filólogo á quien me refiero es el Sr. Don Francisco Belmar, que ha hecho esa clasificación en su notable libro «Investigación sobre el idioma amuzgo, que se habla en algunos pueblos del Distrito de Jamiltepec.—Oaxaca. 1901,» pág. 5

le cercan tanto al Oeste como al Oriente; y aunque el señor Orozco y Berra y el señor Pimentel, que podemos considerar como los fundadores de la lingüística nacional, colocan el chatino en la familia mixteco-zapoteca, ó entre sus afines, lo cierto es que el señor Orozco y Berra declaró no tener datos en que fundarse y el señor Pimentel no da á su afirmación relativa otro fundamento que la noticia que sobre esto le dió una persona ilustrada y de buen criterio que visitó el Estado de Oaxaca, haciendo observaciones sobre los idiomas y las costumbres de sus habitantes; pero la debilidad de este fundamento está patente; y cuantos hayan podido observar el chatino tendrán que afirmar que un idioma pobre, rudo y de pronunciación nasal no puede haber salido de idiomas tan cultos, tan ricos y tan suaves como el zapoteco y el mixteco.

Y habiéndoos hablado de los chatinos, que se encuentran al Poniente del territorio que formó el reino de ZAPOTECAPAM, pongamos nuestros ojos en las regiones orientales de Oaxaca. Dejando las costas zapotecas, lleguémonos á los humildes huaves, habitadores de un pequeño rincón del Estado, allá en los términos de Juchitán y que apenas ocupan una pequeña faja de terreno bañada al Norte y al Oriente por las lagunas y al Sur por las aguas del golfo de Tehuantepec. Su historia es humilde como su carácter, ó más bien dicho, no tienen historia; y atendiendo á la pequeña región en que están recogidos, podemos afirmar que no son de las tribus que llegaron á Oaxaca por el rumbo del Norte, sino que vinieron desde las regiones de la América Central; hipótesis á que sirve de apoyo el hecho de que, según refiere Burgoa, un religioso franciscano que había predicado el Evangelio á los habitantes de Nicaragua, cuyo idioma conocía muy bien, notó que los huaves, salvas al-

gunas variaciones de fácil explicación, hablaban el mismo idioma; y se confirma todavía más con que, según algunas pinturas de los indios, los huaves venían de las regiones del Sur, perseguidos por sus vencedores. A su arribo á las playas tehuantepecanas encontraron allí á los mixes que gustosos les abandonaron las llanuras, alejándose ellos á las montañas vecinas. Los huaves tienen también su idioma propio, y no conozco obra en que se le haya estudiado y analizado. Solamente puedo afirmaros que en nada se parece al zapoteco ni á otro ninguno de los idiomas de Oaxaca, y por lo poco que le conozco, puedo afirmar hay en él muchas palabras zapotecas y mixes, aunque muy desfiguradas estas últimas y que por su estructura presenta algunas semejanzas con el maya; lo cual funda hasta cierto punto, á lo menos, la opinión del señor Orozco y Berra, que le colocaba aunque dubitativamente en la familia maya-quiché.

Abandonando ahora, señores, las costas tehuantepecanas habitadas por los huaves, é internándonos en las llanuras hasta por donde se extienden los zapotecas, encontramos algunos pequeños grupos de zoques, tendidos en una serie de pueblos desde Tapanatepec en la llanura hasta los Chimalapas, en las primeras ondulaciones de la sierra. Son esos pueblos, que se internan en el Estado de Oaxaca por el Oriente, los últimos, por ese rumbo, de la raza zoque, cuya mayor expansión se encuentra en Chiapas y en Tabasco; y podemos decir que son, al Oriente de Oaxaca, lo que fueron por el Occidente los chochos: parte de tribus cuyo principal asiento se encuentra fuera del Estado, y son muy de notar las semejanzas que hay entre la lengua que hablan los zoques y el mixe ó ayook, tales como los procedimientos para formar los plurales así de los nombres como de los verbos sin más que leves diferencias. Lo mismo sucede con los

verbos. «La naturaleza del verbo en idioma zoque es la misma que en ayook,» dice uno de los últimos autores que han estudiado esta lengua; y así es, en efecto: el presente se forma de una manera análoga en los dos idiomas: no obstante las diferencias del pasado y el futuro, las semejanzas son tales que podemos tomar una y otra conjugación cual modeladas en un mismo tipo substancial; y es digno de llamar la atención de los amantes de la Filología, una especialidad de las lenguas zoque y ayook y que consiste en que una partícula, *yaj*, en zoque y *yak*, en ayook, antepuesta á los verbos neutros los hace activos, y si se antepone á los activos los convierte en compulsivos. (13) Como se ve por estas breves indicaciones analíticas, el zoque no es una lengua amorfa, sino por el contrario, de bien definidas y hasta de bellas formas. No carece de suavidad, como hablada en aquellas regiones ardientes en que la caldeada atmósfera,

---

(13) Belmar. Lenguas indígenas del Estado de Oaxaca.—Estudio del idioma Ayook, publicado por acuerdo del Lic. Miguel Bolaños Cacho, Gobernador del Estado de Oaxaca, y dedicado al Congreso de Americanistas en su décima tercera sesión.—Oaxaca.—Imprenta del Comercio 1902, página XXIII. Esta obra es, en mi concepto, la más completa hasta hoy sobre el mixe no sólo como gramática de esa lengua, sino como trabajo de filología comparada en lo relativo á ella. No es el menor de sus méritos que tiene un rico vocabulario de la lengua ayook, comprensivo de los dialectos mohtuau y kotum.

El Sr. Belmar ha escrito, además, sobre el zapoteco, el mazateco, el triqui, el chocho, el chontal y el huave, y publicado, además, una clasificación de los idiomas del Estado de Oaxaca; pero ninguno de esos estudios ha llegado á mi poder, no obstante la diligencia que he puesto por obtenerlos. Solamente conozco los dos trabajos, uno sobre el idioma amuzgo, y otro sobre el ayook, que están citados en esta nota y en la precedente.

refrescada por las brisas marinas y por las corrientes de rico aire que baja de las montañas, suavizando el ardor de los días, convida á la vida muelle é infunde al espíritu cierta languidez distintiva de aquellas razas que se mecen en las hamacas á la sombra de los cocoteros y al compás del mugir de los ganados, á que, en algunos lugares aún distantes, se agrega el majestuoso ruido de los tumbos del mar.

Continuando nuestro camino por en medio de los zapotecas del Istmo, llegamos á las regiones muy de antiguo habitadas por los chontales, que todavía subsisten en numerosos pueblos de los distritos de Tehuantepec y Yautepec.

Los chontales, como los chatinos que hemos encontrado separando á mixtecos y zapotecos, como los huaves del extremo meridional de la costa, vinieron también de las regiones del Sur; y avanzando por enmedio de los zapotecas, después de haberse separado de otros grupos suyos, que quedaron, los unos en Honduras, los otros en Tabasco, se asentaron en las regiones del Noreste del Estado, probablemente antes de que los zapotecas extendieran sus dominios por aquellos apartados rumbos. Poco ó nada se sabe de su historia anterior á la conquista; y su lengua, perteneciente á la familia maya-quiché, ofrece ese carácter con mucha mayor claridad que el idioma huave. Los pueblos que la hablaban y conservan todavía hoy sus antiguas posesiones, eran rudos, feroces, andaban en la más completa desnudez: no tenían habitaciones, y en realidad, no puede decirse que vivieran en sociedad civil; pues á ella fueron reducidos por los misioneros, como veremos después.

Pasando más al Norte de Oaxaca y también de nuevo entre los zapotecas, encontramos á los mixes, diseminado hoy en numerosos pueblos, pero que en la época precolombina no formaban sino tribus nóma-

des que recorrían las montañas de que se apoderaban Sus tendencias invasoras fueron contenidas por la guarnición zapoteca, establecida donde ahora se encuentra la Villa Alta, cabecera del distrito de su nombre. Suposición en el Estado parece indicar que llegaron por el Golfo y continuaron su marcha hasta el Istmo de Tehuantepec, donde fueron encontrados por los huaves, al llegar éstos de las regiones del Sur. Les abandonaron las llanuras y se replegaron en las montañas del Noreste del Estado, donde los encontramos hasta el día.

Muy poco también sabemos de su historia, y lo más notable es el relato, que tiene mucho de legendario, de las proezas de su caudillo CONDOY. Si del tracio Orfeo se cuenta que con los sones de su lira suspendía las ondulaciones de los mares y amansaba las fieras, para significar que redujo á los tracios á la vida civil, los mixes, para pintar las proezas militares del que los condujo á la lucha contra los zapotecas, referían una leyenda análoga. Según los mixes, el gran Condoy era tan terrible y poderoso, que á su paso se inclinaban hasta los peñascos para tributarle homenaje: no había tenido ascendientes: había aparecido en el seno de aquella nación en la plenitud de la edad. Era su residencia *Totontepec:* no contaba en sus incursiones guerreras ni un solo vencimiento; y temerosos de él los zapotecas y mixtecas, se unieron con un pacto de alianza para destruirle. Sabedor Condoy de tan formidable liga, subió con los suyos al Zempoaltepec, la más alta de las montañas de Oaxaca, desde cuya hermosísima cumbre, casi siempre rodeada de nieblas, se miran en los días serenos y luminosos los dos Océanos. Los ejércitos coligados cercaron el Zempoaltepec; pero, en vez de asaltarle, prendiéronle fuego por todos sus flancos, le envolvieron en un círculo de llamas, y en todo el derredor de la gran

montaña, abrazada por el fuego, las fieras corrían hácia la cumbre, mezclándose con los mixes, abrigándose con ellos en las eminencias y las cuevas, y después de que toda la vegetación fué consumida por el incendio, sin que perecieran ni Condoy ni su ejército, sus enemigos huyeron sin haber hecho otra cosa que el de darse á sí mismos el espectáculo grandioso, pero salvaje de una inmensa pira en la soledad de aquellas montañas; y desde entonces zapotecas y mixes se odiaron de muerte, y en multitud de encuentros, de que apenas queda memoria, medían su valor y sus armas con tan varia fortuna como inútiles resultados.

Hablan los mixes una lengua que el Sr. Orozco no creyó poder clasificar y que sin duda alguna no puede ser afiliada á la familia mixteco-zapoteca; pero sus afinidades y sus semejanzas morfológicas y de estructura con el zoque permiten afirmar que el zoque y el mixe son lenguas hermanas que tomaron su origen probablemente de otra lengua más antigua y se fueron modificando bajo distintas influencias etnográficas, hasta quedar en el estado que han tenido durante trescientos años.

Alguien que de los mixes ha tratado los describe como raza degradada, de aspecto repugnante y de la más grosera barbarie. Eso no es verdad. Son los mixes, como un gran número de nuestros indígenas, un pueblo semisalvaje, pero distan mucho de ser una raza degradada. Por el contrario: altos, erguidos, fuertes, se asemejan más á las hermosas razas primitivas: muchos de ellos son de color blanco y tienen ojos azules. Entre las mujeres, principalmente, se encuentran tipos hermosos que, si se cubrieran con las vestes y las galas de nuestras sociedades cultas y elegantes, podrían figurar por su belleza y su porte en los más distinguidos salones. Cierto que hay en ellos,

á lo menos por lo común, pusilanimidad, pero este es un defecto de la tutela á que, como todas las otras razas, fueron reducidos; mas edúqueselos, despiértese en ellos la conciencia del derecho, avívese el sentimiento de la dignidad humana, que no está muerto sino sólo adormecido en su corazón, y los hombres de esa raza podrán figurar al lado de otra cualquiera, de la que se estime superior entre todas las de la República. No sé por qué la tribu mixe ha sido tan calumniada. No ha faltado quien haya creído que el mixe es el idioma de que el señor Lorenzana dijo: «que solamente se entiende de día, porque cada palabra va acompañada de algunos gestos que no pueden percibirse cuando falta la luz;» lo que haría de la lengua AYOOK un idioma pantomímico que algún darwinista se permitiría clasificar como necesario intermedio entre el lenguaje de las bestias y el lenguaje de los hombres. Ni ha faltado tampoco quien impute á los mixes, ora la monstruosa superstición de los humanos sacrificios, ora el inmundo abominable canibalismo; pero tales imputaciones, creíbles para el vulgo, no pueden ser vistas sino como calumnias por quien haya tenido la fortuna de conocer á los mixes de cerca, de vivir entre ellos, de estudiar su lengua reducida á gramática por el sabio Fr. Agustín Quintana, el primero que en su obra «La instrucción cristiana y guía de ignorantes para el cielo, en lengua mixe, precedida de un tratado sobre el modo de hablar la lengua dicha,» fijó lo fundamental de su gramática, de la cual ha escrito en nuestros días un distinguido oaxaqueño, de los pocos que se complacen en el estudio de la lingüística y de la etnología nacional. (14)

En cuanto á la procedencia de los mixes, paréceme evidente por su aspecto, sus hábitos y sus cos-

(14) Me refiero á la obra citada en la precedente nota.

tumbres. que son de las regiones septentrionales de Europa, y así lo afirma también un sabio historiador, que hace observar el hecho de que, según se asegura en la ciudad de Oaxaca, como cosa cierta, algunos extranjeros dálmatas ó polacos entienden á los mixes. (15)

Con gusto me detendría, hablándoos muy largamente de todas las cosas pertenecientes á esta raza que me inspira una simpatía profunda; pero me es imposible, porque otros importantísimos puntos todavía reclaman mi atención.

Para cerrar la enumeración de las razas que hay en Oaxaca, sólo me resta mencionar á los chinantecas establecidos al Norte del Estado donde ocupan una vasta comarca. Algunos autores creen hallar afinidades entre éstos y los chontales; y las hay, en efecto, si atendemos á la rudeza de sus costumbres y á lo áspero, vago y primitivo de su lengua. Poco ó nada sabemos de ese idioma cuyas consonantes se convierten casi todas en dentales y cuyas vocales no tienen sonido fijo. Sus articulaciones son ásperas y su vocabulario pobre, reflejándose en él la condición salvaje de aquella raza.

Algo podría deciros, si no se hubieran perdido las obras del P. Sarabia que de ellos escribió. Su «Relación del natural, condición y costumbres, conversión y reducción de los indios chinantecas,» que permanecía inédita en el convento de Santo Domingo de Oaxaca y que se perdió en los días de la exclaustración, nos daría acerca de la Chinantla y de sus habitantes, preciosísimos datos; y no obstante el carácter inculto de su lengua, el mismo P. Sarabia pudo escribir en ella un catecismo chinanteca y un homiliario chinanteca, preciosas joyas filológicas perdidas en

(15) Gay. Historia de Oaxaca tom. 1º cap. 2º al fin.

aquella gran catástrofe en que desaparecieron tantas riquezas.

Tales son, señores, las razas y las comarcas habitadas por ellas en el Estado de Oaxaca. Mucho más tendría que deciros de todas y cada una, pero no es posible; y tengo que conformarme con mostrar á vuestros ojos este cuadro, en que, si faltan pormenores y líneas, me he esforzado porque no falte parte ninguna de las que forman el conjunto etnográfico de aquel Estado, que si tuvo en los tiempos precolombinos pueblos cultos, como los zapotecas y los mixtecas, los tuvo también salvajes como los chinantecas y chontales.

Mas con ser tantas estas razas, tan distintos sus orígenes, tan varias sus costumbres y tan diversos algunos de sus idiomas, no son, sin embargo, refractarias á la civilización, ni incapaces de la más elevada cultura, ni poco aptas para grandes heroismos y empresas gigantescas. Por el contrario, puede afirmarse y demostrarse la absoluta aptitud de todas ellas para la civilización y la cultura, ó, para usar de los términos en que está concebido el tema que estoy tratando, su «homogeneidad por la enseñanza pública y la acción de los gobiernos.» Bajo la del gobierno colonial, durante la dominación española, como bajo la del gobierno del Estado durante el período que va transcurrido desde la independencia, hombres de aquellas razas han sobresalido, como los de raza criolla, como los de raza europea, en las artes, en las ciencias, en los altos puestos eclesiásticos ó civiles, mostrando en todas esas alturas cuánto pueden sobre aquellas razas la educación, la enseñanza pública, la acción benéfica de los gobiernos, cuando proveen á esa enseñanza y educación.

Prescindiendo por el todo de cuanto en su historia anterior á la conquista pudiera ser demostrativo

de esta tésis; dejando á un lado la pureza de las costumbres en muchas de aquellas razas, principalmente entre los mixtecas; pasando en silencio muchos rasgos nobilísimos de altas virtudes que todavía pueden ser ejemplares hasta para nosotros que vivimos en avanzada civilización; dejando en el olvido los conocimientos científicos y artísticos de aquellos pueblos, especialmente el calendario zapoteca, que poco difería del azteca, tan celebrado por los sabios; poniendo aparte todo eso y fijándonos solamente en la historia posterior á la conquista de México, encontramos numerosísimas pruebas de la capacidad de todas aquellas razas para amoldarse á la civilización; de la influencia benéfica y provechosa que la enseñanza pública ejerce sobre ellas y de la facilidad con que no por servilismo, ni por bajeza, ni por apatía, sino porque fácilmente germina en ellas el amor al orden y á la civilización, se someten á la acción de los gobiernos; y entonces, colocadas en ambiente de cultura y senda de progreso, saben levantarse á las alturas mismas de la gloria.

Todo esto se desprenderá de cuanto voy á deciros, aunque tengo que limitar mucho mi exposición.

Y no extrañéis, señores, que al tratar este punto, os hable de frailes, de sacerdotes y de obispos, porque ellos fueron, en la realidad de las cosas, quienes llenaron con sus hechos los tres siglos de la dominación española, lo mismo en Oaxaca que en la nación entera; lo mismo que en la nación, en toda la América Española. Ellos salvaron las razas aborígenes, que desaparecieron del todo en las regiones en que no hubo frailes ni obispos que las defendieran; verdad reconocida y proclamada en estos mismos días nuestros, lo mismo por el católico García Icazbalceta, que por un arqueólogo racionalista y liberal y por un orador liberal y positivista á quienes no necesito nom-

brar aquí, porque están vivos todavía y vosotros todos los conocéis muy bien. (16)

Felizmente, no me hallo en esta Sociedad sobre la candente arena de los partidos, donde se queman las plantas de los piés, ni envuelto en la atmósfera abrasada en que se respira fuego de ardientes pasiones, sino en el recinto de la ciencia, sereno y tranquilo, donde resuena la voz de las convicciones sinceras; y por eso cuento, no con vuestra tolerancia, que esa es solamente para el mal, sino con vuestro amor incondicional á la verdad, y con vuestro respeto, también incondicional, á la historia, amor á la verdad y respeto á la historia que abrigo en mi corazón y que me complazco en reconocer en el vuestro.

Pues bien, señores: esa historia nos cuenta, mostrándonos la aptitud de las razas indígenas para la civilización, cómo aun las que vivían, en los tiempos precolombinos, fuera de un estado propiamente civil, se sometieron y le formaron, no al golpe de la espada de los conquistadores, sino por la convicción, que llevaron á su espíritu los misioneros, de que los hombres deben vivir en sociedad civil. Una de aquellas tríbus, salvaje y casi nómada, era la de los mixes. En aquellas épocas andaban dispersos por las montañas, haciendo de las grutas sus habitaciones, viviendo de la caza y de la agricultura, sin más artes que las salvajes de la guerra primitiva, sin más religión que unas cuantas nociones vagas, solos y aislados en medio de la feraz naturaleza de la región á que limitaron

---

(16) Se alude en este pasaje á los Sres. Don Alfredo Chavero y Don Justo Sierra, que han hecho á ese respecto, notabilísimas afirmaciones; el primero, en «México á través de los siglos,» tomo 1°; y el segundo, en su «Manual de historia para la enseñanza preparatoria y normal.»

sus incursiones, obligados á mantenerse dentro de ella por las razas que los rodeaban.

Pero llegaron los misioneros.

Uno de los más ilustres y abnegados, el heróico Fr. Pedro Guerrero, toma sobre sí la obra apostólica, á la par que civilizadora, de convertir á los mixes. Provisto de su báculo de viaje, se dirige á Villa Alta, cabecera hoy de uno de los Distritos del Estado, y que formaba entonces uno de los límites de los dominios mixes. Con aquella maravillosa facilidad con que los misioneros aprendían las lenguas indígenas, aprende en seis meses la ayook; se interna luego en el territorio de los valientes indios, hasta entonces indómitos; les habla en su propia lengua; les presenta el ejemplo de la más irreprehensible virtud; y los mixes, atraídos por el prestigio de aquella inmaculada vida, le rodean; se asombran de oírle hablar su lenguaje. Él les anuncia la buena nueva de que era celosísimo apóstol; y "un poco después, según la frase de un historiador, como alumbrados súbitamente por un rayo de luz del cielo, en masa fueron al sacerdote, pidiendo las aguas del bautismo."

Imposible presentar en breves líneas los trabajos de Fr. Pedro Guerrero: su obra fué inmensa, aun cuando solamente nos fijáramos en lo que hizo entre los mixes, prescindiendo de sus trabajos entre los chinantecas y chontales. Baste decir que hizo conversiones innumerables; él fué, en realidad, quien organizó á aquellas tribus en sociedad civil. Erigió 160 templos en otros tantos pueblos, de los cuales la mayor parte fueron obra suya; es decir, él los fundó, persuadiendo con su fecunda y poderosa palabra á aquellas indisciplinadas tribus á que se redujeran á la vida civil. Ni se conformó sólo con esto: les enseñó, dice un historiador, urbanidad, policía y algunas artes, entre ellas, á tejer mantas y á vestirse: les enseñó á formar

memorias y padrones, y les hizo mil otros beneficios.

Algo análogo á lo que el P. Guerrero hizo entre los mixes, hicieron también entre los chontales Fr. Diego Carranza y Fr. Mateo Daroca. Carranza, durante más de medio año, permaneció en tierras de los chontales, sin más alimento que raíces y yerbas, y de tarde en tarde tortillas y pimientos, porque los indios huían de él: sólo se le acercaba uno que otro, á los cuales nada pedía y antes solía curarlos en sus enfermedades, hasta que al fin logró que se le llegaran los demás: los redujo entonces á la vida social, formó pueblos, erigió templos, construyó chozas y en el idioma chontal escribió instrucciones religiosas, sermones y devocionarios; y de tal suerte era su influencia la que los mantenía reunidos, que, muerto el caritativo fraile, desampararon los pueblos y volvieron otra vez á sus barrancas y á sus grutas, hasta que tras inútiles esfuerzos, por parte de los partes Grijelmo, Serrano, y Portocarrero, Daroca volvió de nuevo á congregarlos en los lugares mismos, donde los había reunido Carranza. Daroca, según cuentan los historiadores, aunque español, era muy semejante á los chontales, más que en su aspecto físico, en sus calidades morales; alto, delgado, de color cetrino, amigo de la soledad, poco tratable, y de escasas palabras, aquel fraile se hizo amar de los chontales por las semejanzas de su carácter: los doctrinó, los redujo á la vida civil, les enseñó el cultivo de la grana; y los chontales y sus pueblos sufrieron una transformación profunda.

Y lo que demuestran los pueblos, lo demuestran también los individuos. Pasan en la historia de Oaxaca muchos indios llevando sobre sus sienes la corona de la gloria. Os señalaré algunos de los más notables, cuyas sombras me parece que se agrupan en derredor de esta tribuna, ansiosas de que su nombre resuene

aquí, para mostrar la alteza nobilísima de su raza y lo que puede esperarse cuando la enseñanza pública los ilustre y la acción de los gobiernos les abra horizontes más vastos de cultura y civilización.

Poco más de medio siglo después de establecido en Oaxaca el dominio español, por una serie de sucesos que sería largo enumerar, pero que se reducen substancialmente á la ardiente lucha sostenida entre los opresores de los indios y sus defensores, entre los encomenderos y los frailes, los reyes de España despacharon algunas cédulas, en que ordenaron que las doctrinas, es decir, las parroquias se fueran quitando á los frailes y encomendando al clero secular. En aquella sazón, la de Huitzo era administrada por los frailes de Santo Domingo; y como supiesen los indios que iba á ser entregada al clero secular, formularon una exposición en zapoteco, que se conserva todavía, con la cual obtuvieron que la parroquia continuara á cargo de los Dominicos.

Alentados por ese triunfo y por otros que alcanzaron en los tribunales, los indígenas cobraron gran afición al arte de litigar y asiduos se consagraron, no en los colegios, sino por sí solos, al estudio del derecho, logrando en este importantísimo ramo de la humana ciencia, conocimientos nada vulgares.

Muchos de cierto que no deben de haber pasado de esa clase que llamamos hoy tinterillos y que el señor Juárez en una ley célebre calificaba de «polilla de la sociedad;» pero otros alcanzaron conocimientos bastantes que les habrían abierto con un título honroso la carrera del foro; esta carrera nobilísima que, cuando se ejerce á ciencia y conciencia, se convierte en verdadero culto de la justicia y de la ley. Alcanzó, sin duda, tales conocimientos un descendiente de los caciques de aquella tierra, cacique él mismo, Don Cristobal de la Cueva, hombre de profunda hon-

radez y de clarísimo ingenio, que se entregó al estudio del derecho, no por el vil interés de las especulaciones, sino impelido por el amor á los hombres de su raza, cuyos derechos miraba conculcados por la cruel soberbia y la brutal avaricia de los dominadores. Estudiaba la Curia Filípica, la célebre obra de Palomares y otros tratados, ya elementales, ya magistrales, de los que á la sazón se hallaban en boga; y tantas eran su ciencia y su energía, que los alcaldes mayores y los españoles, encargados de administrar la justicia, le respetaban y temían. Fué en muchos casos oráculo en el foro; su sabiduría era consultada desde lejanas tierras; y sin haber pisado los colegios ni sentádose en las áulas de las universidades, sin otra guía que su aplicación y su criterio, aquel indio, muerto en el segundo tercio del siglo XVII, dejó de sí una memoria tan honrosa como distinguida, que envidiarían, por cierto, muchos de los que, ostentando pomposamente un título, se encuentran tan vacíos de ciencia como llenos de culpas y cuya memoria no les sobrevive sino que presto cae en la profunda sima del olvido, destino de las vulgares medianías.

De ese siglo XVII en que murió el ilustre jurista, mucho hay que decir. Todavía está por hacer la bibliografía oaxaqueña, para la cual no escasean materiales en muchos de los libros impresos; y si no he de bosquejarla aquí, porque mi objeto me obliga á dejar preteridas multitud de obras, algunas de no escaso valer y que alcanzaron aplausos en Europa, mereciendo hasta los honores, á pocas concedidos, de la reproducción, no debo dejar en olvido el nombre de Fr. Martín Jiménez, que fué ministro de los chochos. Compuso en los idiomas chocho y mixteco dramas sagrados que se representaban en algunas festividades y escribió también un «Curso de Artes ó Filosofía Tomística» que se perdió, como mil otros

tesoros, en los turbados días de la exclaustración

No dejaré tampoco en el silencio el nombre de Fr. Francisco Dávila, que, además de haber sido muy perito en la música sagrada, fué muy notable como orador, y dejó en Puebla y en esta ciudad de México alta fama de su elocuencia. Ignoro si éra indio de raza pura; pero es indudable que vió la primera luz en Villa Alta, y de todos los nacidos bajo el cielo de Oaxaca, fué el primero que alcanzó el honor de llevar sobre su cabeza la borla doctoral; alto honor conquistado en aquella Real y Pontificia Universidad Mexicana, cuyas grandes glorias no podrán apagar jamás ni el odio ni el olvido. No omitiré tampoco mencionar á Fr. Juan Mijangos, nacido en la ciudad de Oaxaca, que también logró la honra de sentarse en el claustro de la Universidad de México, autor de dos obras morales, y al oaxaqueño Fr. Pedro de la Cueva, que escribió un «Arte de gramática de la lengua zapoteca.»

Digno es igualmente de nuestro recuerdo el oaxaqueño Fr. José Calderón. Muy joven aún, hizo sus estudios en la Universidad de México, y graduado ya, volvió á Oaxaca, siendo allí párroco de Teozacoalco y de Juquila. En vísperas de entrar al Cabildo de aquella Catedral, renunció al mundo y abrazó la regla de Santo Domingo. Brotó de sus manos un tratado de Filosofía que desgraciadamente quedó inédito.

Si de éstos que acabo de mencionar no me consta hayan sido indios, y por eso, tal vez no debiera nombrarlos en este recuento de los más notables, sí entra en él con plenísimo derecho el indígena Juan Matías indio puro, natural de Zoapeche, y que, según la frase de Burgoa, «redujo el canto de órgano á un círculo armónico admirable.» Cuéntase de él que tocaba todos los instrumentos y era compositor notable. Cuantos le conocieron le admiraron: fué maestro de capilla de la Catedral de Oaxaca durante quince años, y se le

atribuyen los libros corales, que son, en sentir de los inteligentes, una obra maestra. Como Juan Matías, á quien las circunstancias fueron propicias hasta el punto de hacer perpetuo su nombre en la historia de nuestras artes, ha habido en Oaxaca otros muchos talentos músicos; pero han quedado obscurecidos: apenas han dado de sí levísimos destellos.

La gran figura de ese siglo XVII, en la historia de Oaxaca, es la del primer indio de las razas mexicanas, elevado á la dignidad episcopal: Nicolás del Puerto. Era de raza pura y nació en el pueblo de Santa Catarina Minas, á nueve leguas de la capital del Estado, hácia el Sur. Muy joven vino á México é ingresó al Colegio de San Ildefonso por su talento privilegiado y por sus elevadas cualidades. Cuéntase que en una conferencia á que asistió el Ilmo. Sr. Obispo Montaño, le elogió diciendo: «Este será grande en los tiempos venideros: yo tuve la dicha de oírlo, pero no tendré la ventura de verlo:» y fué grande, en efecto. De San Ildefonso, pasó á la Universidad, donde obtuvo el grado de doctor en Cánones. Fué más tarde abogado de la Real Audiencia y Canónigo Doctoral de la Iglesia Metropolitana, honor que se ganó en oposición lucidísima; y debió la mitra de Oaxaca al hecho de haber elevado al Real Tribunal de España una erudita disertación acerca de las Bulas de la Santa Cruzada. Una vez Obispo de Oaxaca, se distinguió como protector de las ciencias y de la enseñanza; mejoró mucho, ampliando los estudios, según los programas de aquellos tiempos, el Seminario Conciliar que había fundado su ilustre predecesor, ese Seminario, señores, por el que hemos pasado tantos oaxaqueños; y fundó la biblioteca de aquel establecimiento, de que apenas quedan restos hoy. Breve fué su episcopado; y cuando se preparaba para visitar su diócesi con el pensamiento de establecer una escuela en cada parroquia, segó la muerte aquella preciosa vida.

En los últimos años de ese mismo siglo, nació en Oaxaca el célebre Lizardi, que ignoro si era indio. Me inclino á creer que no; y por eso, me conformo con sólo mencionar su nombre, agregando tan solo, que en la ciencia fué tan eminente que sustentó un acto de 48 títulos y por la virtud y austeridad de su vida y por su apartamiento del mundo, mereció el renombre de *segundo Gregorio López.*

En el siglo subsecuente florecieron, entre muchos, algunos ilustres sabios que, por haber escrito de nuestras lenguas indígenas, bien merecen de nosotros honroso recuerdo. Fr. Fernando Bejarano dejó un vocabulario del idioma mixe; Fr. Agustín Quintana, un tratado que, aunque breve, sirve aún de guía en el estudio de esa lengua, y Fr. Alonso Camacho, gran maestro en lengua zapoteca, un sabio «Tratado de los siete sacramentos;» y aunque no trató de lenguas indígenas, mencionaré aquí al ilustre Padre Ignacio Ordóñez, que bajo el cristiano título de «Arte de enriquecer el cielo,» escribió un elogio fúnebre de aquel gran benefactor de Oaxaca, D. Manuel Fernández de Fiallo, que llevó á todas las clases sociales su munífica generosidad. Si tuvo en la obra del Padre Ordóñez un elogio fúnebre, «fueron su mejor panegírico, según la frase del historiador Gay, los suspiros y las lágrimas de innumerables pobres.»

Pero la mayor gloria en los anales oaxaqueños, durante el siglo XVIII, es la de un indio de raza pura que mostró, y de una manera soberana, cómo en los hombres de aquellas razas también suele haber gran capacidad para las artes. Me refiero al pintor Miguel Cabrera.

Sea que haya nacido en la ciudad de Oaxaca, como lo afirmó él en su testamento, sea que haya nacido en Tlalixtac, como lo asegura una tradición muy antigua, es indudable que era oaxaqueño é indio zapoteco

de raza pura. Sus primeros años están envueltos en la obscuridad, pero muy joven aún le encontramos pintando en Teococuilco un apostolado, en Analco algunas otras imágenes, y en la Catedral de Oaxaca otro apostolado, que bien revela el fecundo genio del joven pintor. A los 24 años se trasladó á esta capital donde contrajo matrimonio. Aquí también exhaló su postrer aliento en 16 de Mayo de 1768. El templo de Santa Inés dió religioso abrigo, junto al altar que los pintores tenían allí, al que en vida fué su príncipe.

Señores: se ha comparado á Cabrera por la fecundidad de su genio y la variedad de su estilo con Lope de Vega.

En Oaxaca, su ciudad natal, como en México, derramó los dones de su númen, y según afirma el señor Couto, en su *Diálogo sobre la historia de la Pintura en México*, «formar la lista de sus obras sería cosa imposible, porque materialmente llenó de ellas el reino, y no sólo las hay en todas las grandes poblaciones, sino que suele encontrárselas hasta en las pequeñas, y aún en el campo.» En los claustros de San Agustín y de Santo Domingo, pintó en una serie de cuadros, según las costumbres de la época, las *vidas* de estos dos grandes héroes del Catolicismo; y en el de la Profesa, la vida también del glorioso fundador de la Compañía de Jesús. Los templos de Santa Inés, de San Francisco y de la Santísima, tuvieron varias obras de su mano; y fuera de la Capital, las encontramos desde Oaxaca hasta San Luis Potosí, desde Taxco hasta Morelia, ya en templos, ya en poder de particulares. Sus asuntos, casi todos sagrados, demandaban, sin embargo, variedad de estilos, y Cabrera supo emplear el más adecuado, ya para pintar las terribles escenas de la Pasión, ya para representar el místico éxtasis de San Francisco en los momentos de su tránsito á las regiones de la eterna luz; y por eso, el señor

Ruz de Cea ha podido decir: que «la fecundidad de su pincel . . . iba á la par con la variedad de su estilo· Sombrío á veces como Turbarón y Rivera, á veces tierno á la manera de Murillo, según los asuntos que trataba en la vida de San Ignacio, de Santo Domingo, en la Pasión de Cristo; apacible como el Guido, y aun como Carlos Dolce, cuando pintaba la vida de la Virgen y su sublime Bambino.»

A esa fecundidad y variedad unía (y he aquí otra semejanza con Lope de Vega) la prontitud, la extrema facilidad para producir. Si Lope pudo decir de sus comedias, como lo dice en su famosa *Egloga á Claudio*, que:

«más de ciento en horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro,»

el señor Couto pudo decir de Cabrera, refiriéndose á la *Vida de San Ignacio*, pintada «en treinta y dos cuadros al óleo, cada uno con muchas figuras, casi todas del tamaño natural, trabajadas con esmero y bien concluidas,» estas palabras: Yo me quedé admirado, cuando leí en los cuadros mismos que la obra se había empezado el día 7 de Junio de 1756, y se había terminado en 27 de Julio de 57, es decir, en menos de 14 meses, tiempo que apenas bastaría hoy á un artista ejercitado para pintar tres ó cuatro de aquellos lienzos. Pero mi admiración subió de punto, cuando hallé que la vida de Santo Domingo, que hay en los claustros de su convento, de iguales condiciones que la de San Ignacio, fué trabajada en el mismo año 1756. Justamente se celebra que Vicente Carducho hubiese cumplido el contrato que en 1626 hizo con el pintor de la Cartuja del Paular, comprometiéndose á pintar en cuatro años cincuenta y cinco cuadros de la vida de San Bruno y de los sucesos de la Orden, es decir,

á razón de 14 cuadros por año. ¿Qué hombre era, pues, Cabrera que podía dar cima á empresas cuatro veces más laboriosas que aquella? Es necesario ver sus dos colecciones para apreciar todo lo que en ellas tuvo que hacer.» Y concluye el señor Couto: «Parece que nuestro artista pintaba cuadros como en el siglo anterior Lope de Vega escribía comedias.»

No pretendo hacer el estudio crítico de Cabrera como pintor; pero no dejaré de notar un punto, en que precisamente puede llevarse más adelante la comparación que de él se ha hecho con el Fénix de los Ingenios.

Una de sus más grandes habilidades consiste en que supo pintar la grandeza moral de la mujer. Analizando y describiendo el arte de Lope, uno de nuestros literatos más venerables por su saber, al tratar de cómo el gran dramaturgo presenta á las mujeres, escribe estas palabras: «Las damas se alzan á grande altura por lo tierno de sus sentimientos: son á veces fáciles, ligeras, provocativas é intrigantes, mas saben mantenerse á raya en las situaciones graves que afectan á la honra, y rara vez hay que reprocharles algo que rebaje ó envilezca la dignidad de la mujer.» (17)

Algo análogo podríamos decir de nuestro gran pintor. Su noble y elevado espíritu le permitía reproducir con pincel que parecía mojarse en rocío del cielo y saturarse de los colores más puros de nuestros encantadores horizontes, el tipo femenino, imprimiéndole quién sabe qué expresión ideal de

(17) Vigil. «Lope de Vega, Impresiones literarias.» México, tip. y lit. «La Europea» de J. Aguilar Vera y Comp., S. en C. Calle de Sta. Clara número 15. 1904, pág. 20.

pureza y sublimidad. Así pudo pintar el retrato de la insigne monja Sor Juana Inés de la Cruz, conservado hoy en el Museo Nacional, copia de otro que se guardaba en el convento de San Gerónimo, y que, á su vez, era copia de otro más antiguo. Puso Cabrera en el suyo la expresión que correspondía al aspecto de aquella mujer singular. El ideal femenino consiste en que á la belleza física, á la corrección de las líneas, á la gracia de las formas, á la frescura del color, al resplandor de los ojos, en suma, á la belleza del cuerpo, se una también la superior belleza del alma: una inteligencia clara y cultivada, un corazón puro, en que la ternura, el amor y la virtud tengan su asiento como en un trono, y allí reinen y desde allí viertan en derredor sus dones. Tal era Sor Juana Inés de la Cruz, y tal aparece en el retrato que de ella trazó la mano del pintor zapoteca. Aquella mujer cristiana, virgen y poetisa, tuvo en él un pintor digno de su grandeza.

Esa habilidad de Cabrera para reproducir el tipo femenino se ve también en las imágenes que de Santa Clara de Asís pintó en los cuadros que se refieren á esta mística sublime; y se ve más aún cuando pinta la figura de la Madre de Dios. Tiene entonces Cabrera el instinto y el idealismo que en el genio produce la fé: los colores de su paleta adquieren un misterioso brillo, como de luz del cielo. Siéntese ésto al ver la *Virgen de la Luz,* conservada en uno de los templos de Querétaro y *Nuestra Señora de la Merced,* conservada en la Academia Nacional; pero sobre todo, en el cuadro del *Nacimiento* de la colección de la Vida de la Virgen María que se coservaba en la sacristía de la Iglesia de Taxco.

Por esa habilidad, sin duda, ha podido atribuírsele alguna de las grandes cualidades del gran Murillo, el pintor por excelencia de las vírgenes y de los án-

geles; y así Cabrera se alzó á una de las más elevadas esferas en el arte de la pintura: á aquella en que hay que reunir no sólo las grandes exterioridades del dibujo y del colorido, sino aún aquella expresión de grandeza y de idealidad que es necesaria en la pintura religiosa, ofreciéndonos así, según la frase de Ruz de Cea, «la síntesis del realismo elegante, del ideal religioso y del encanto antiguo.»

De esa manera, señores, un oaxaqueño, indio puro, de aquella raza zapoteca, que dilató sus dominios por la mayor parte del Estado, llegó á ocupar por su genio una de las gradas más altas de la escala de la gloria pictórica y á grabar su nombre en los anales del arte divino de Apeles y Rafael.

En el mismo siglo, en que floreció tan gran pintor, dió gloria á la raza zapoteca, el cacique Don Patricio López, que era un distinguido bibliógrafo y anticuario; logró reunir numerosísima librería; escribió, además, varias obras; y le mencionan en sus *Bibliotecas* Eguiara y Beristáin.

Antes de salir de este siglo XVIII, es necesario hacer mención del dominicano García Caballero, que escribió acerca de muchas plantas de Oaxaca, no sólo consideradas en sí mismas, sino en relación con la agronomía y la patología, y que, invitado por el sabio Alzate, hizo notables investigaciones sobre nuestro ámbar indígena, de las que ya no puedo hablaros.

Grande injusticia fuera que en una Sociedad de Geografía, al hablar de Oaxaca, no hiciera mención del ilustre Padre Sebastián Sistiaga, hijo del pueblo de Teposcolula. Afiliado en la Compañía de Jesús, sus deberes religiosos le llevaron á California, y sus aficiones geográficas le hicieron recorrer una gran parte de las costas de la Península y levantar algunos planos, que fueron enviados al virrey. Ignoro el paradero de aquel interesante trabajo geográfico, así como

el de otro escrito suyo acerca de las misiones y los pueblos de nuestra península septentrional.

Ni sería injusticia menor dejar en el olvido el nombre del Padre Francisco Ceballos, S. J., que, nacido en Oaxaca en 1704, fué uno de los 16 oaxaqueños que pertenecían á la Compañía de Jesús al tiempo de la expulsión en virtud de aquel decreto, tan despótico como célebre, de Carlos III que, al herir á los jesuitas en los dominios españoles, hirió aún más cruel y profundamente á la instrucción pública.

Al P. Ceballos debe nuestra historia patria dos insignes servicios: primero, haber escrito la vida del jesuita Consag, que fué uno de los apóstoles de la California; y segundo, haber hecho que el P. Alegre escribiera su célebre historia de la Compañía de Jesús en México, que ha venido á ser, en cuanto se refiere á la época que comprende, una de las fuentes más puras de nuestra historia nacional.

Llegamos ya, señores, al siglo XIX, que tan grandes transformaciones vió en nuestra patria. ¡Qué diferencia la que hay entre lo que era la Nueva España, un siglo ha, y lo que es hoy la República Mexicana! No me toca ni exponer ni juzgar tan radicales transformaciones; pero el historiador que haya de describirlas no podrá preterir la memoria de Don Benito Juárez. Él presidió á la consumación de la revolución reformista iniciada, podemos afirmarlo con toda certeza, aún bajo la dominación española, pero más todavía desde el año mismo en que se consumó nuestra independencia nacional. Júzguese de la Reforma como se quiera, emítanse sobre sus hombres y sus obras las opiniones que á cada cual inspiren el amor á la verdad, reina del alma, y sus convicciones religiosas y políticas; pero nadie podrá negar que esa obra fué consumada por el Sr. Juárez, indio zapoteca de raza pura, nacido allá, en medio de las montañas

de Ixtlán, en el publecillo de Guelatao, en 1806. En edad todavía temprana, quedó huérfano y sin otro abrigo que el de un tío suyo. A causa del disgusto que produjeron en él no se qué increpaciones de su pariente, se fué á Oaxaca. Todavía yo conocí al anciano aguador, de quien se decía que había sido su compañero en el viaje de traslación. Porque, como muy bien sabeis, señores, muchos de los indígenas de aquella tierra (y esto sucede también en otras) sienten en su alma, sin darse cuenta, quién sabe qué necesidad de salir de los estrechos horizontes de su pueblo natal, para ir á buscar á la capital del Estado alguna luz para su espíritu, alguna cultura para su vida; y se van y hallan una familia á quien servir, contentándose por todo salario con el pan de cada día, á condición de que se los deje ir á la escuela. Pues eso mismo hizo Juárez, y fué á dar, no á la casa de un sacerdote, como muchos afirman, sino á la de un lego D. Francisco Salanueva, perteneciente, eso sí, á la Orden Tercera de San Francisco.

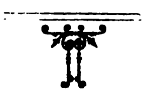
Referían los coetáneos de Juárez no pocas anécdotas que no sería oportuno repetir; y así solamente os diré que hizo en el Seminario sus estudios preparatorios, que comprendían entonces la gramática latina y el que llamaban «curso de artes,» en que se estudiaban la lógica, la metafísica, las matemáticas, la física general y particular y la ética; hizo después sus estudios de derecho en el Instituto de Oaxaca y se recibió, por fin, de abogado. Pronto los puestos públicos, se abrieron sin dificultad para aquel indio, de pocas palabras, pero de mucha reflexión; y que era, sobre todo y ante todo, un carácter. Como Magistrado, fué integérrimo; como abogado, rectísimo é incorruptible. Elvado bien pronto á la primera magistratura del Estado, la buena administración de justicia, el respeto á los otros poderes, la fiel observancia

de la ley fueron el sello de su gobierno. Venido á la capital de la República para ser Ministro de Justicia primero y Presidente de la Suprema Corte después, subió al poder tras el golpe de Estado de Comonfort, y desde entonces las olas de la política le arrastraron en sus tumultosas agitaciones, hasta que, por fin, después de haber hecho la reforma y presidido como jefe, á la lucha contra la intervención francesa y á la restauración de la República tras la catástrofe de Querétaro, exhaló el último suspiro en la mansión presidencial, él que había nacido bajo el pobre techo de una humilde choza de Guelatao.

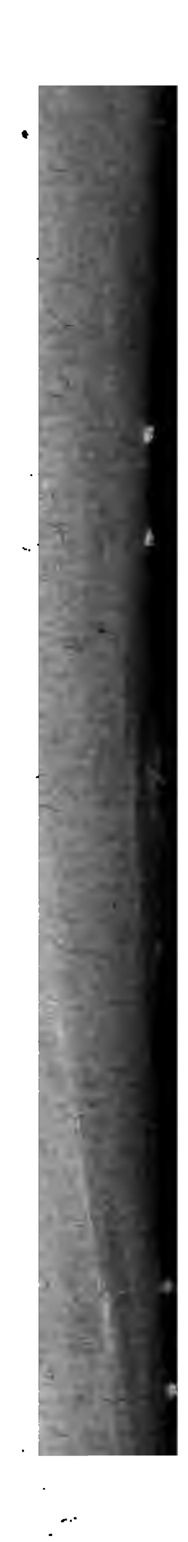
Y ¿qué más podré deciros del Sr. Juárez tan coocidlo de la presente generación? Por lo que toca á mi tema, os haré notar algo que todos sabeis muy bien, y es que la dote principal del Sr. Juárez era el carácter. Había heredado en esto la tenacidad de aquenla raza zapoteca que, reducida primero al estrecho recinto de Teotitlán, se difundió á fuerza de constancia por la mayor parte del Estado. El Sr. Juárez era un gran carácter; y por eso llenó con su nombre una de las épocas más interesantes de nuestra historia nacional.

Ya lo veis, señores: ora pongamos los ojos en esos ilustres nombres que he citado, ora los pongamos en los grupos de las razas indígenas de Oaxaca, nos demuestran, los unos por la gloria conquistada, las otras por la cultura, aunque imperfecta, de sus idiomas y por las grandes proezas de su historia, que esas razas no son refractarias á la civilización, sino que, por el contrario, sometidas á un régimen de cultura, se desarrollan y levantan. La enseñanza pública y la acción civilizadora de los gobiernos pueden transformarlas en grandes grupos verdaderamente civilizados.

He concluido, señores: y aunque muy poco satisfecho de este humilde trabajo, me tendré por afortunado, si he podido desplegar á vuestros ojos el cuadro en que se muven y agitan esas razas, dotadas de facultades enérgicas, y que están demandando, con la voz de la más grande y más noble de las aspiraciones, entrar de lleno á la vida civilizada, para multiplicar los esplendores de su historia.








Stanford University Libraries
3 6105 008 707 437

